

GFS-184-E

La tabernera del puerto
(mecanografiado)

Argumento de LA TABERNERA DEL PUERTO.

Romance marinero en tres actos, original de
FEDERICO ROMERO y GUILLERMO FERNÁNDEZ SHAW,
música del maestro Pablo Sorozábal.

Á Á Á Á

CARLOS MANUEL FERNÁNDEZ-SHAW

ACTO PRIMERO



Una plazoleta en el puerto de Cantabreda, suburbio de pescadores, cerca de una ciudad imaginaria de la costa cantábrica de España. A un lado y otro de la plazoleta se hallan un cafetín, que regenta Ripalda, y una taberna al frente de la cual está la bella Marola, en cuyo torno se congregan pescadores y marineros, mientras que el cafetín permanece siempre vacío con desesperación de su dueño. De la tabernera está enamorado románticamente Abel, un chicuelo que se gana la vida tocando el acordeón y cantando. Abel confiesa sus amores y, al mismo tiempo, su afán de aventuras, a Ripalda y a un marinero llamado Verdier, que ha vuelto a Cantabreda después de varios años de rodar por los puertos del mundo. Marola, la tabernera, es para Abel, - como para muchos pescadores, - el supremo ideal; pero especialmente para Leandro, el mejor marinero de la barca del viejo tío Chinchorro, a quien no intimidan los razonamientos y advertencias del viejo haciéndole ver que Juan de Eguía, el tabernero, tiene mal genio y no ha de consentir que cortejen a su mujer. Hay una escena de Juan de Eguía, Verdier y Simpson, - otro viejo hombre de mar, - por cuya conversación se advierte que los tres son antiguos compañeros de piraterías con turbio pasado y misterioso presente. Algo nuevo inconfesable preparan; y Juan se apercibe a ello sin reparar en escrúpulos. Por eso, - tras unas escenas cómicas a cargo de Chinchorro y de su mujer Antigua, vendedora de sardinas, ambos borrachos, - Juan de Eguía no tiene inconveniente, sospechando el amor de Leandro por Marola, en pedir a ésta que proponga al marinero que les ayude en un negocio, a base de una discreción absoluta. A Marola le horroriza lo que Juan le propone y la calidad moral que demuestra el tabernero; y aunque le promete cumplir su encargo, por la influencia personal que ejerce él sobre ella, se encuentra luego sin valor cuando Leandro le declara su cariño. Por el contrario, le dice que se vaya a la mar y no vuelva por allí. Abel declara también su pasión a Marola, que se lamenta de este embrujamiento que, sin querer, ejerce en toda la ribera; y más tiene que sentirlo al ver que Antigua, capitaneando un grupo de mujeres de pescadores, viene en son de protesta para acusar a Marola, ante Juan, de traer revueltos a sus maridos. Juan finge indignarse con Marola, a quien maltrata y tira al suelo para dar satisfacción a las mujeres. Estas se retiran, ya vengadas, mientras que Abel no puede reprimir su protesta por lo que ha presenciado, y Juan enciende tranquilamente su pipa.

ACTO SEGUNDO

En el interior de la taberna beben y cantan marineros y pescadores. Marola les sirve y también canta, lo mismo que Juan, para distraer a la concurrencia. Ripalda, el dueño del vecino cafetín, viene muy contento a pedir unos cuartos prestados, porque tiene en su establecimiento, comiendo, a unos oficiales de un barco norteamericano. En la taberna, en cambio, duermen en torno de una mesa, después de haber bebido abundantemente, unos marineros negros del mismo buque de guerra, a quienes despierta el viejo Simpson, con una canción que es evocación y advertencia. Simpson, - uno de los amigos de Juan, - muestra a este su desconfianza por el éxito de la aventura que proyectan. Juan no le hace caso y se retira. Llega entonces Abel, que solivianta a los marineros diciéndoles que Juan maltrató a Marola. Se alborotan los hombres y van en busca de Leandro para, con él, pedir explicaciones al tabernero. Pero Leandro acude a la taberna, sin encontrarles, en busca de Marola; y sabe por boca del viejo Simpson lo que Juan de Eguía pretende de él: o sea, que a cambio del cariño de Marola, vaya Leandro con su barca a recoger un fardo de cocaína de contrabando que está oculto en unas rocas. A Leandro se le abre el corazón a la esperanza pensando en la posibilidad del amor de Marola. Esta, al saber luego que él está enterado, procura disuadirle, - aunque en vano, - de que acepte el en-

cargo de Juan; y al contemplar la indignación de Leandro cuando éste se entera del proceder de Juan con ella, termina por confesar al marinero que ella no es esposa del tabernero, como todo el mundo cree, sino su hija, y que por eso Juan, aunque falto de escrúpulos, no es el marido despreciable que puede creerse. Se suceden después: una explicación de padre a hija, en la que él justifica su conducta por la ambición de dejar a Marola una fortuna; la irrupción en escena de todos los hombres con Chinchorro y Leandro, para exigir explicaciones a Juan; y una escena del tabernero y Leandro, en la que Juan expone al marinero sus planes de contrabando, ofreciéndole, a cambio de su ayuda, el cariño de su hija. Y cuando todos creen que los dos hombres se van a desafiar, se los encuentran entendidos y tan amigos... con gran desesperación del adolescente Abel, a quien, ignorante de todo, - no cabe en la cabeza que Leandro sea un marinero tan cobarde y Juan un marido tan sinvergüenza.

ACTO TERCERO

Cuadro primero.-En alta mar boga la barca en que ha ido Leandro a recoger el contrabando. Con él va Marola. Ambos cantan su amor... y son sorprendidos por una terrible galerna que pone en peligro sus vidas.

Cuadro segundo.- El mismo lugar de acción del acto primero. La taberna está cerrada. Todo el mundo supone que Leandro y Marola han sido sepultados por el mar. Juan de Eguía, que es el culpable de la desgracia, no oculta su desesperación y en vano llama a su hija. Por fortuna, los naufragos se han salvado; pero llegan conducidos por unos carabineros, acusados del delito de contrabando. Juan de Eguía se declara único responsable, y entrega su hija al cariño del valeroso Leandro, mientras que Abel llora su amor incomprensido. El arrepentido padre es llevado preso por los carabineros... y Ripalda es feliz porque desde ahora tendrá más clientela en su cafetín.

=====